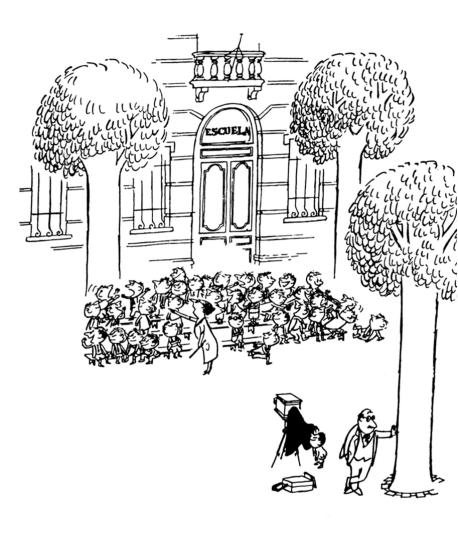


Esta mañana llegamos todos a la escuela muy contentos porque van a sacar una foto de la clase, que será para nosotros un recuerdo que nos gustará toda la vida, como ha dicho la maestra. También nos dijo que viniéramos muy limpios y bien peinados.

Cuando yo entré en el patio del recreo llevaba la cabeza bien llena de gel. Todos los compañeros estaban ya allí y la maestra riñéndole a Godofredo, que había venido vestido de marciano. Godofredo tiene un papá muy rico que le compra todos los juguetes que se le antojan. Godofredo le decía a la maestra que quería fotografiarse de marciano, y

que si no se iría.

El fotógrafo también estaba allí, con su máquina, y la maestra le dijo que había que acabar pronto, porque si no nos perdíamos la clase de aritmética. Agnan, que es el primero de la clase y el ojito derecho de la maestra, dijo que sería una lástima no tener aritmética, porque a él le gustaba mucho y había hecho bien todos sus problemas. Eudes, un muchacho que es muy fuerte, quería darle un puñetazo en la nariz a Agnan, pero Agnan tiene gafas y no se le puede pegar tan a menudo como uno quisiera. La maestra se ha puesto a gritar que



éramos insoportables y que si continuábamos así no habría foto e iríamos a clase. El fotógrafo, entonces, dijo:

—Vamos, vamos, un poco de calma... Sé perfectamente cómo hay que hablar a los niños. Todo saldrá bien.

El fotógrafo decidió que debíamos ponernos en tres filas: la primera fila sentada en el suelo; la segunda, de pie, alrededor de la maestra, que se sentaría en una silla, y la tercera, encima de unas cajas. Realmente el fotógrafo tiene ideas estupendas.

Las cajas hubo que buscarlas en el sótano de la escuela. Lo pasamos en grande, porque no hay mucha luz en el sótano y Rufo se había puesto un saco viejo en la cabeza y gritaba: «¡Hu, hu! Soy el fantasma». Después vimos que llegaba la maestra. No tenía pinta de estar muy contenta, de modo que nos marchamos en seguida con las cajas. El único que se quedó fue Rufo. Con su saco, no veía lo que pasaba y continuó gritando: «¡Hu, hu! Soy el fantasma», hasta que la maestra le quitó el saco. Rufo se quedó muy extrañado, mucho.





De vuelta al patio, la maestra soltó la oreja de Rufo y se llevó las manos a la cabeza. «¡Pero si estáis completamente negros!», dijo. Era cierto, mientras hacíamos el payaso en el sótano nos habíamos manchado un poco. La maestra no estaba contenta, pero el fotógrafo le dijo que la cosa no era grave, teníamos tiempo de lavarnos mientras él disponía las cajas y la silla para la foto. Aparte de Agnan, el único que tenía la cara limpia era Godofredo, porque llevaba la cabeza dentro de su casco de marciano, que parece una pecera.





—Ya lo está viendo —dijo Godofredo a la maestra—, si hubieran venido todos vestidos como yo, no habría tanto lío.

Yo vi que la maestra se moría de ganas de tirarle de las orejas a Godofredo, pero no había agujeros en su pecera. ¡Es una solución formidable la del traje de marciano!

Volvimos después de lavarnos y peinarnos. Aún estábamos un poco mojados, pero el fotógrafo dijo que no importaba, que en la foto no se vería.

Bueno —nos dijo el fotógrafo—, ¿queréis

darle gusto a vuestra maestra?

Contestamos que sí, porque queremos a la maestra; es terriblemente amable cuando no la hacemos enfadar.

—Entonces —dijo el fotógrafo— vais a ocupar, como buenos chicos, vuestros puestos para la foto. Los mayores, en las cajas, los medianos, de pie, y los pequeños, sentados.

Fuimos a hacer lo que nos decía y el fotógrafo ya le estaba explicando a la maestra que con paciencia se conseguía cualquier cosa de los niños, pero la maestra no pudo escucharle hasta el final. Tuvo que venir a separarnos, porque todos queríamos ponernos en las cajas.

—¡Aquí no hay más que uno alto, y soy yo! —gritaba Eudes, y empujaba a los que querían subir a las cajas.

Como Godofredo insistía, Eudes le dio un puñetazo en la pecera y se hizo mucho daño. Tuvieron que juntarse varios para sacar la pecera de Godofredo, que se había atascado.

La maestra ha dicho que era la última advertencia, que después iríamos a aritmética; entonces nos dijimos que había que estarse quietos y comenzamos a instalarnos. Godofredo se acercó al fotógrafo.

—¿Cómo es su aparato? —preguntó.

El fotógrafo sonrió y le dijo:

- —Es una caja de la que saldrá un pajarito, muchacho.
- —Es muy vieja su máquina —dijo Godofre-do—, mi papá me regaló una máquina con parasol, visor óptico directo, teleobjetivo y, por supuesto, filtros...

El fotógrafo pareció sorprendido, dejó de sonreír y le dijo a Godofredo que volviera a su sitio.

—¿No tiene usted, al menos, célula fotoeléctrica? —preguntó Godofredo.

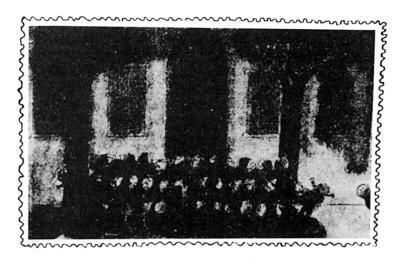
—¡Por última vez! ¡Vuelve a tu sitio! —gritó el fotógrafo, que de repente tenía una pinta muy nerviosa.

Nos instalamos. Yo estaba sentado en el suelo, al lado de Alcestes. Alcestes es un compañero mío que es muy gordo y come sin parar. Estaba mordiendo una rebanada de pan con mermelada y el fotógrafo le dijo que dejara de comer, pero Alcestes contestó que había que alimentarse.

—¡Suelta esa rebanada! —gritó la maestra, que estaba sentada justamente detrás de Alcestes.

El chillido le sorprendió tanto, que Alcestes se dejó caer la rebanada en la camisa.

—¡Caramba! ¡Me la he ganado! —dijo Alcestes, tratando de raspar la mermelada con el pan. La maestra dijo que lo único que se podía hacer era poner a Alcestes en la última fila, para que no se viera la mancha de su camisa.



Arriba, de izquierda a derecha: Martín (que se ha movido), Poulot, Dubéda, Coussignon, Rufo, Adalberto, Eudes, Champignac, Lefevre, Toussaint, Charlier, Sarigaut.

En el centro: Pablo Bojojof, Jacobo Bojojof, Marquou, Lafontan, Lebrun, Dubos, Delmont, de Fontagnès, Martineau, Godofredo, Mespoulet, Falot, Lafageon.

Sentados: Rignon, Guyot, Aníbal, Croutsef, Berges, la maestra, Agnan, Nicolás, Faribol, Grosini, González, Pichenet, Alcestes y Mouchevin (que acaba de ser expulsado).

—Eudes —dijo la maestra—, deje su sitio a su compañero.

—No es mi compañero —dijo Eudes—; no le dejaré mi sitio, y lo que puede hacer es ponerse de espaldas a la foto; así no se verá la mancha ni su gorda cara.

La maestra se enfadó y le puso a Eudes en castigo la conjugación del verbo: «Yo no debo negarme a ceder mi sitio a un compañero que se ha

tirado en la camisa una tostada de mermelada». Eudes no dijo nada, bajó de su caja y vino a primera fila, mientras Alcestes iba a la última fila. Se armó algo de desorden, sobre todo cuando Eudes se cruzó con Alcestes y le dio un puñetazo en la nariz. Alcestes quiso darle una patada a Eudes, pero Eudes la esquivó (es muy ágil), y quien recibió la patada fue Agnan, felizmente en un sitio donde no lleva gafas. Eso no le impidió echarse a llorar y a chillar que no veía nada, que nadie lo quería y que le gustaría morirse. La maestra lo consoló, lo sonó, lo repeinó y castigó a Alcestes, que debe escribir cien veces: «Yo no debo pegar a un compañero que no busca pleito y que lleva gafas».

—¡Muy bien hecho! —dijo Agnan.

Entonces la maestra le dio a él unas líneas para escribir. Agnan se quedó tan asombrado que ni siquiera lloró. La maestra empezó a distribuir castigos a diestra y siniestra; todos teníamos montones de líneas para hacer y, por último, la maestra nos dijo:

—Y ahora vais a decidiros a estaros quietos. Si sois buenos, levantaré todos los castigos. ¡Vamos, poneos bien, una bonita sonrisa y el señor nos sacará una hermosa fotografía!

Como no queríamos apenar a la maestra, obedecimos. Todos sonreímos y nos colocamos bien.

Pero falló el recuerdo que nos gustaría toda nuestra vida, porque nos dimos cuenta de que el fotógrafo ya no estaba allí. Se había marchado sin decir nada.

Invité a mis compañeros a venir esta tarde a casa para jugar a los cowboys. Llegaron con todas sus cosas. Rufo se había puesto el traje de agente de policía que le había regalado su papá, con el quepí, las esposas, el revólver, la porra blanca y el silbato; Eudes llevaba un viejo sombrero boy scout de su hermano y un cinturón con montones de cartuchos de madera y dos fundas, en las que había unos revólveres terribles con las culatas hechas de la misma clase de hueso que la polvera que papá le compró a mamá después de que discutieron por culpa del asado que estaba demasiado hecho, pero mamá decía que era porque papá había llegado tarde. Alcestes iba de indio, tenía un hacha de madera y plumas en la cabeza, parecía un enorme pollo; Godofredo, a quien le encantaba disfrazarse y que tiene un padre muy rico que le da todo lo que quiere, estaba vestido completamente de cowboy, con pantalones de borrego, un chaleco de cuero, una camisa de cuadros, un gran sombrero, revólveres de pistones y espuelas con unas puntas terribles. Yo tenía una máscara negra que me habían regalado en Carnaval, mi fusil de flechas y un pañuelo rojo alrededor del cuello, que es un viejo pañuelo de mi mamá





Estábamos en el jardín y mamá nos había dicho que nos llamaría para tomar lonche.

—Bueno —dije yo—, vamos a ver: yo soy el bueno y tengo un caballo blanco, y vosotros sois los bandidos, pero al final gano yo.

Los otros no estaban de acuerdo, lo cual es un rollo; cuando uno juega solo no se divierte, y cuando no se está solo, los demás arman un montón de discusiones.

- —¿Por qué no voy a ser yo el bueno? —dijo Eudes—, y, además, ¿por qué no voy a tener un caballo blanco también yo?
- —Con una cabeza como la tuya no puedes ser el bueno —dijo Alcestes.
- —¡Tú, indio, cállate o te pego una patada en el trasero! —dijo Eudes, que es muy fuerte y al que le gusta mucho dar puñetazos en la nariz de los compañeros, y lo de el trasero me extrañó; pero es cierto que Alcestes parecía un gran pollo.

—En todo caso, yo —dijo Rufo— seré el sheriff.

—¿El *sheriff*? —dijo Godofredo—. ¿Dónde has visto tú un *sheriff* con quepí? ¡No me hagas reír!

Eso no le gustó nada a Rufo, cuyo padre es agente de policía.



- —Mi papá —dijo— lleva quepí y no hace reír a nadie...
- —¡Haría reír a todo el mundo si se vistiera así en Texas! —dijo Godofredo. Y Rufo le pegó una bofetada, y entonces Godofredo sacó un revólver de la funda y le dijo:

—¡Lo lamentarás, Joe!

Y Rufo le dio otra bofetada y Godofredo se cayó sentado al suelo, haciendo ¡pan! con su revólver; entonces Rufo se agarró el vientre con las manos, hizo un montón de muecas, y cayó, diciendo:

-¡Me has matado, coyote! ¡Pero me ven-

garán!

Yo galopaba por el jardín y me daba palmadas en el pantalón para avanzar más rápido y Eudes se me acercó.

—¡Baja de ese caballo! —dijo—. ¡El caballo blanco sólo lo tengo yo!

—¡No, señor! —le dije—. Aquí estoy en mi casa y soy yo quien tiene un caballo blanco.

Y Eudes me dio un puñetazo en la nariz. Ru-

fo soltó un gran silbido con su silbato.

—¡Eres un ladrón de caballos! —le dijo a Eudes—. Y en Kansas City a los ladrones de caballos los colgamos...

Entonces Alcestes llegó corriendo y dijo:

—¡Poco a poco!¡No puedes colgarlo, el sheriff soy yo!



—¿Desde cuándo, payaso? —preguntó Rufo. Alcestes, al que no le gustan las peleas, cogió su hacha de madera y con el mango, ¡toc!, le dio un golpe en la cabeza a Rufo, que no se lo esperaba. Afortunadamente estaba el quepí en la cabeza de Rufo.

—¡Mi quepí! ¡Me has roto mi quepí! —gritó Rufo, y echó a correr detrás de Alcestes, mientras yo galopaba de nuevo alrededor del jardín.

—¡Eh, chicos! —dijo Eudes—. ¡Estaos quietos! He tenido una idea. Nosotros seremos los buenos, y Alcestes, la tribu de indios, y él trata de capturarnos y después toma un prisionero, pero llegamos y liberamos al prisionero y después Alcestes es vencido.

Todos estábamos a favor de esta idea, que era realmente formidable, pero Alcestes no estaba de acuerdo.

- —¿Por qué voy a ser el indio? —dijo Alcestes.
- —¡Porque tienes plumas en la cabeza, idiota! —respondió Godofredo—. Y, además, si no te gusta, no juegues; la verdad es que al final ya nos estás fastidiando.
- —Muy bien. Ya que os ponéis así, no juego más —dijo Alcestes, y se fue a un rincón a enfadar-se y a comerse unas galletas de chocolate que llevaba en el bolsillo.